

- SOBEJANO, Gonzalo, «Novela española de nuestro tiempo, En busca del pueblo perdido», *Prensa Española*, Madrid, 1970.
- SOLDEVILA DUARTE, Ignacio, *La novela desde 1936*, Madrid, Alhambra, 1980.
- SORDO, Enrique, «Los niños tontos», *Cuentos de Ana María Matute*, *La Revista*, núm. 217, Barcelona, 28-6-1957.
- «El mundo interior de Ana María Matute», *ibid.*, 297, 21-12-1957.
- SOUCHÈRE, Elena de la, *L'Univers matutien*, París, Gallimard, 1958.
- «L'Espagne charnelle et poétique», *France Observateur*, 12-7-1962.
- «Les brulures du matin», *ibid.*, 8-6-1961.
- Prólogo a *Fête au Nord-Ouest*, París, Gallimard, 1961.
- SPENS, W., «Ana María Matute: Le temps», *Nouvelle Revue Française*, XVIII, 91, 1-7-1960.
- SPIRES, Robert C., *La novela española de posguerra*, Madrid, Planeta/Universidad de Kansas, 1978.
- STEPANOV, G., *Los hijos muertos*, Moscú, Bellas Letras, 1964.
- STILLER, Klaus, «Bittere Kindheit», *Ein spanisches talent stillt sich vor*, *Berliner Morgenpost*, 2-4-1965.
- TEIXEIRA, Quirino, «Primera memoria», *Diario de Lisboa*, 23-1-1960.
- TERTERIAN, Ina, «Nuevo encuentro con Ana María Matute», *Literatura Soviética*, núm. 10, 1968.
- TOMASSO, Vincenzo de, «Festa al Nordueste», *Il Popolo*, 1-12-1962.
- TORRENTE BALLESTER, Gonzalo, *Panorama de la literatura española contemporánea*, Madrid, Guadarrama, 1966.
- TORROELLA, S., «Los niños tontos», *El Noticiero Universal*, 28-2-1959.
- TOVAR, Antonio, «Los soldados lloran de noche», *Gaceta Ilustrada*, 13-7-1964.
- «Ni un día sin línea», *ibid.*, 13-6-1964.
- «El cuento y la realidad», *ibid.*, 5-1-1969.
- «La trampa», *ibid.*, 12-10-1969.
- TUSQUETS, Esther, «Prólogo a Luciérnagas», *BackList*, Barcelona, 2010.
- «En nombre de la amistad», *La Esfera*, 28-1-1996.
- «Como niña con zapatos nuevos», *El País*, 26-12-2010.
- VALBUENA PRAT, Ángel, *Historia de la literatura española*, t. III, Barcelona, Gili, 1965.
- VALENCIA, Antonio, «Los hijos muertos», *Arriba*, 15-3-1959.
- «Primera memoria», *ibid.*, 3-4-1960.
- «Fiesta al Noroeste», *ibid.*, 15-3-1959.

- «Pequeño teatro», *ibid.*, 6-3-1955.
- «Un novelista en sus trece», *ibid.*, 2-11-1969.
- VÁZQUEZ ZAMORA, R., «Primera memoria», *Destino*, 26-3-1960.
- «Tres y un sueño», *ibid.*, 17-6-1961.
- VILANOVA, A., «Fiesta al Noroeste», *Destino*, 28-2-1969.
- «Los mercaderes de Ana María Matute», *ibid.*, 12-10-1964.
- «Los éxitos internacionales de AMM», *ibid.*, 11-5-1963.
- «Los hijos muertos», *Papeles de Son Armadans*, XII, mayo de 1959.
- VILLA PASTUR, J., «Tres y un sueño», *La voz de Asturias*, 11-4-1961.
- VILLARTA, Ángeles, «Pequeño teatro», *Domingo*, 26-7-1955.
- VILLEAUR, Anne, «Les brulures du matin», *Les Lettres Françaises*, 11-5-1961.
- «Les soldats pleurent la nuit», *ibid.*, 21-1-1965.
- VOLMANE, Vera, «Ana María Matute», *Les Nouvelles Littéraires*, 41, 30-5-1963.
- WALD, Heywood, «The Preparation of a Lexicon of Colloquial Spanish for Advanced High School Students Based on a Semantic Analysis of Selected Works of Ana María Matute», Ann Arbor, Michigan, Univ. Microfilms International, 1985.
- WEITZNER (JONES), Margaret E., «The Novelistic World of Ana María Matute: a Pessimistic Vision on Life», Ph. D. Dissertation, University of Wisconsin, 1963.
- WINECOFF, Janet, «Style and the Solitude in the Works of Ana María Matute», *Hispania*, XLIX, 1-3-1966.
- «La commedia dell'arte en una novela de Ana María Matute», *Hispanófila*, núm. 40, 1970.
- WITHE, George, «The World of Ana María Matute», *Books Abroad*, XL, núm. 1, invierno de 1966.
- YASNII, I., *Ana María Matute, Literatura extranjera*, Moscú, 1966.

Los hijos muertos

A mi hijo Juan Pablo

I

El tiempo

Capítulo primero

En Hegroz, a últimos de enero de 1948, el guardabosque de los Corvo se mató¹ sin querer, cuando la batida contra los lobos. Decían que el arma que usó era vieja y mala, y le estalló en la cara, dejándosela como una esponja. Como era hombre sin parientes ni amigos, únicamente fueron a enterrarle el viejo Gerardo Corvo y los chavales de la escuela, porque les obligó el cura. Los chicos se hartaron de tirar piedras a la caja, mezcladas en los puñados de tierra de rigor, porque les encantaba el ruido al chocar contra la madera de la tapa. Claro que a él, el guardabosque, le daba ya igual cualquier cosa, buena o mala que fuese. Solo Gerardo, la mirada opaca, el cuello torcido, en sus raídas galas de los días solemnes, le envidiaba su suerte, entre las cruces mohosas y la tierra grasa, aglutinada, del cementerio.

¹ El tratamiento de la muerte —al principio de la novela— es el mismo que al final de *Fiesta al Noroeste* cuando entierran al niño de Pedro Cruz, quien abandona el entierro de su hijo porque no puede concebir que los niños se diviertan arrojando puñados de tierra al féretro. Y la actitud de Gerardo Corvo es un ejemplo estremecedor del nihilismo del personaje.

Si en las novelas de Ana María Matute el hombre se cosifica y acaba en la muerte, en los cuentos, en cambio, la perspectiva se invierte y vemos a los niños —rescatados por fin del sufrimiento— habitar felices en un mundo hecho a la medida de sus deseos lúdicos.

Ayer, los Corvo. Durante años y años, señores casi absolutos de Hegroz. Enriquecidos en América, vueltos a la tierra natal, tirando de ellos con sangre antigua. Ayer, los abuelos de Gerardo, desde la ciudad a Hegroz, en el verano, bajo un sol desapa-cible, jinetes por los altos caminos de Neva. Llegaban todos los años al pueblo, caravana negra y brillante, entre la doble hile-ra de álamos de plata verde, chirriantes las piedras bajo las pezuñas. Los Corvo. Sus hombres, sus mujeres, sus criados, sus perros y sus equipajes. Contaban más de veinte caballos, y les seguía siempre un rumor de risas y de ladridos que fustigaban el odio, la envidia, el rencor, desde muchos días atrás. Violentos, sensuales, gentes de aluvión. No eran amados. Su plata americana rodaba insolente, siempre hacia ellos, humillando. Hegroz era un pueblo de jornaleros, de pastores a sueldo, de desposeídos.

Antes que a los Corvo, durante siglos, Hegroz, sus tierras, sus bosques, pertenecieron al Duque. El Duque, para Hegroz, significó solamente un nombre, el tributo obligado, un castillo en ruinas, bajo la pedrisca y las lluvias, entre malezas y ortigas, gritos de niños medrosos y errabundos que buscan zarzamoras, desertores del trabajo o de la escuela. Solamente las paredes del castillo, con su nombre dentro, como un pájaro sin raza ni años. Entre llamadas de aves nocturnas y alimañas, madre selvas insólitas, de perfume penetrante, cardos y mariposas negras. El nombre solo, El Duque, vagó por labios de niños y de viejos, con sombra de piedra, sobre cosechas y árboles. Las parietarias demo-lían las paredes del castillo, se entrañaban entre las juntas de las piedras, hendían las dovelas, convertían la torre en boca sin dientes. El Duque era solo un nombre: ninguno lo vio, desde hacía doscientos años. Los bosques de Hegroz le esperaron en vano, invierno tras primavera, renovándose siglo a siglo. No llegó nunca su cacería fantasmal. Los bosques, allí estaban, acotados, inútiles, prohibidos. La única riqueza de Hegroz. Los hombres de Hegroz amaban y de-

seaban aquellos árboles de su tierra, de sus sombrías vertientes, los bosques húmedos y apretados, como cosa propia, sentida. Bosques de Oz, de Neva, de Cuatro Cruces. Deseados y umbríos, en torno a Hegroz —pequeño valle entre montañas— los hombres allí nacidos apenas podían disfrutar de una pequeña asignación de leña para sus hogares. También amaban aquella tierra vieja, dura, que rebuscaban sus arados, picos y azadas. Pero ni la tierra ni los bosques les pertenecían. La sombra del Duque —siempre El Duque, generación tras generación, plural y único, para ellos—, continuó siglo a siglo diezmando sus cosechas, vendiendo u olvidando la madera de sus bosques, lejos de allí. Los hombres de Hegroz nacieron, vivieron y murieron en la tierra del Duque, durante cerca de tres siglos. Trabajaron la tierra, siempre ajena, y vieron morir o nacer, generación tras generación, a sus árboles, apretados en las vertientes, con muerte lenta e interna. Los hombres de Hegroz desgarraron con la reja de su arado la tierra del Duque, y le rindieron la mitad de su fruto. Aunque solo pudieron verlo en el retablo del altar de la iglesia, arrodillado y pálido, con aureola de oro, como un santo, y largas manos finas, irreales, unidas en oración. El Duque tuvo siempre para Hegroz aquella faz estrecha, aquella mirada negra y fija. Aquel olor a moho y tiempo viejo que impregnaba todavía las tocas de terciopelo de las viejas, durante la Misa de la Santa Cruz, fiesta patronal. Y el dorado, extraño² centelleo, con aroma

² Cada autor tiene unas determinadas preferencias léxicas. La repetición de palabras no es nunca casual, sino que responde, consciente o inconscientemente, a un juego de valores, a una posición ante la vida. En *Los hijos muertos* llama la atención la insistencia en la repetición de adjetivos que significan asombro, desconcierto ante lo que no se entiende: extraño, raro, absurdo son las palabras que más se repiten.

Extraño: Todas las cosas son extrañas: sangre extraña y limpia; paz extraña; cielo resplandeciente y extraño; extraños, vagos, indescifrables libros; con algo tan extraño como un libro; el padre fracasado, extraño; expresión extraña; qué extraño todo; una corriente extraña; con ojos leja-

de madera antigua, que culebreaba sobre el sarcófago del Duquesito Muerto. Allí estaba, también, en la vertiente de Oz, La Peña del Duque Loco, asomándose a Neva, junto al barranco del cementerio de los caballos, asustando a los niños rebeldes en el atardecer, con el sol encarnado sobre la afilada cabeza. La roca del Duque se parecía al Duque del retablo, en el altar de Los Duques, sobre las tumbas pisadas, disimuladamente orinadas por las viejas de anchas sayas negras, adormecidas en el incienso y los cánticos del Oficio de la Semana Santa. «La tierra ajena...». Los hombres de Hegroz vivían en casas donde nacieron sus abuelos y los abuelos de sus abuelos, y no eran sus casas. Comían, dormían, trabajaban en ajeno. Y al fin, sus huesos se quemaban dentro de la tierra, deseada hasta rozar el odio, como el amor, que fue la tierra del Duque. El Duque, vago, inconcreto, teórico. Pero real y duro, ineludible a la hora de la partición y el tributo. A la hora de las prohibiciones, de las vedas, de la servidumbre. Cierto e irremediable como el sol, como la lluvia, como la sed de cada día. Hegroz vivió al Duque todas las jornadas, de sol a sol, y el Duque no vivió a Hegroz, ni a su hambre, ni a su esperanza. Ni sus noches de agosto enteramente estrelladas sobre el oscuro fango del barranco. Nada supo de las casas en silencio, durante las horas de labor, calurosas y densas, con los hombres y las mujeres, con los niños apenas crecidos, a la tierra.

nos, extraños; el tren con un grito extraño y largo; tenía unos ojos extraños; las mujeres son incomprensibles y extrañas; con un acento extraño; un desamparo terrible y extraño; el enemigo, qué extraña palabra; qué extraña fatalidad; con un rebote extraño en el pecho; la tierra crujió de un modo extraño; extraño documento; algo extraño se posó en su corazón; manos extrañas, duras; venía despacio y extraña; una voz extrañamente helada; espesa, extraña alegría; la mantilla como un pájaro extraño y bello; extraña manía de familia; absurdas tortas de azúcar tostado, extraño presente a la muerte; invadida por algo extraño, que quizás será tristeza; un extraño juguete; extrañas carreteras; manos extrañas; voz extraña; luz extraña.

Solo quedaban las gallinas, picoteando en las ventanas bajas, y el llanto del niño más pequeño, encerrado dentro, demasiado temprano aún para el trabajo. Nada de las callecitas verde oscuro, con humedad de pozo, con el sol estallando, parecía, en los aleros. Callecitas de sombra color arcilla, con charcos y estiércol, con briznas de paja entre las piedras, como un oro olvidado. Calle del Ave María, calle de la Sangre, detrás del cementerio de los niños sin bautizar. Calle de la Reja, calle del Duquesito, camino de la iglesia. Calle de las Santas Ánimas, calle de las Dueñas, calle de los Caminantes, calle de la Santa Cruz. Años de sequía y hambre. Años de epidemia, de heladas, piedras caídas de los muros, escudos devastados en las esquinas, rotos a pedradas, quemados por el sol. Postigos y contraventanas tallados, podridos por las lluvias, guaridas de gatos, de ratas y de golondrinas. Tierra árida, ajena. Y en torno, los bosques, como un grito.

Nacido en la calle de la Sangre, en un año de sequía, un Corvo endeble y rebelde, de ojos negros, voraz y taciturno, alimentado de odio y de pan de centeno, salió para siempre de Hegroz. Fue el primer emigrante, el primer «indiano». Por él supo Hegroz de América, lejana, vaga y atrayente, como un vacío dorado. Aquel Corvo que se fue, no había cumplido aún los dieciséis años, y en mucho tiempo no se supo más de él. Pasaron años y años hasta que sus nietos, vueltos a la patria, adquirieron casi todas las tierras y los bosques de Hegroz al Duque: un nombre en aquellos momentos más real, más humano; disperso, menguada su fuerza por las generaciones, los entronques, las largas jornadas del ocio. El Duque se fue de Hegroz. Solo quedó su retrato, en el retablo, arrodillado y grave. Su roca, en la vertiente, enrojecida por el atardecer. Su escudo roto, apedreado en las esquinas, calcinado por las heces de golondrinas y palomas. Y aquel cofre menudo, sostenido por ángeles de piedra, conteniendo el polvo y el moho del Duquesito Muerto. Hegroz pasó a otras manos, rapaces y tercas. Los

Corvo, de ojos negros y vida exuberante, excesiva, que llegaban todos los veranos, entre el verdor de las primeras hojas, por los altos caminos de Neva, desde la ciudad. Los Corvo que al pie de los bosques, junto al río y los prados, levantaron su casa en la finca de La Encrucijada. Cerrados, egoístas a todo lo que no fuera su sangre, extraña mezcla de refinamiento y grosería, secos con todo lo que no fuera su tierra, sus hijos, su agua, su hambre y su sed aún no aplacadas. Con todo el rencor, quizá, del hambre antiguo.

Pero ni él, ni su primo Elías, últimos herederos, nacieron en la calle de la Sangre, un verano de sequía. Requemada la tierra entre piedras y cardos, el aceite escaso en los candiles. El pan duro, las moscas acrecidas, arracimadas en los bordes de los platos sucios, de los ojos de los caballos, de las bocas indefensas de los niños.

Gerardo Corvo, arruinado, solitario, refugiado en la tristeza y en el vino, paseaba orgullo sin dignidad, amargura sin pena, glotonería grosera y conformada por el paisaje que le vio joven, distinto. En aquella casa suya, bajo los barrancos, lindante a los prados, al pie de los bosques, junto a la misma agua que relucía al sol en las mañanas de su vida perdida. Manchado de nicotina, los ojos como dos grumos de hollín, devuelto a la indiferencia. Ahora, hoy, vivían en su casa de La Encrucijada durante los doce meses del año. Frescas aún las huellas de los cuadros vendidos, los huecos de las arcas. Excepto la finca de La Encrucijada, Gerardo no pudo conservar las tierras de sus padres. Solo le quedaban los húmedos, resplandecientes bosques de Neva, de negrura luminosa, de perfume verde, turbador. Gerardo amaba los bosques. Era lo único que amaba, hoy.

Ayer, él y Elías. Volvía el recuerdo, a veces. «Los últimos». Se lo repetía, como una música obsesiva, constante: «los últimos». Cerraron para siempre un mundo, un tiempo que no pudo

volver, que no volvería jamás. Cuando todo se hundió, seguía manando la fuente, tras la pared de piedra, al fondo de la huerta. Cuando todo se hundió, solo ellos estaban de pie sobre la tierra de La Encrucijada, solo ellos, Elías y él, los últimos, medio hermanos, casi uno solo, con una vida igual. Los únicos, dueños de la casa, de la tierra, de los bosques. Unidas las palabras, la risa, la cólera, el sueño, la sed, el recuerdo, el hambre de cada día. Los dos, Elías y Gerardo, últimos dueños, enterradores de su mundo. Corvo, los dos: «Ahí van los Corvo». «Sus padres eran hermanos». Había en la casa grandes retratos de mujeres. Siempre elegían, o para el matrimonio o para el amor, mujeres hermosas.

Alguna vez, ahora, Gerardo miraba el retrato de Margarita. Y en esos momentos parecía que su esposa no había muerto. El cuadro, grande, suntuoso, no valía gran cosa. Por eso aún estaba allí, en la pared de la gran sala destartada —«Margarita»...—. Con el vaso en la mano, alguna noche, antes de subir la escalera hacia la alcoba, Gerardo levantaba los párpados hinchados, y la miraba. Los colores del cuadro se habían oscurecido bajo un polvo húmedo, pegajoso. Como humo de tumba.

Margarita. Dócil, un poco indiferente, como convenía. Le dio tres hijos: Isabel, César y Verónica. Fue un matrimonio nivelado, perfecto. Él se sabía vital, excesivo, tal vez tiránico. Margarita sumisa, fría, reposada. Fue un tiempo hermoso. «Entonces, aquel tiempo...». Su tiempo, el suyo, el de los suyos, el de su raza. Dentro, un fondo pueril de niño mimado, inconsciente. Y estaba Elías, quince años mayor que él, mesurado, prudente.

Su medio hermano. Entonces. En el otro tiempo. Luego, no. Luego, todo cambió. Pero, entonces... A pesar de su diferencia de edad, a pesar de sus corazones, de sus pensamientos diferentes.

Elías era alto, delgado, de manos largas y finas. Más culto, más refinado, con inquietudes que nunca le rozaron a él. No le comprendió nunca, pero nunca le preocupó no comprenderle. Y se querían. Bien cierto era, que se querían. «Ahí van los Corvo...», decían los de Hegroz. La mirada de Hegroz, sombría, pensativa, les seguía el paso. Las pezuñas de sus caballos levantaban el polvo, tamborileando en aquella tierra poseída, cierta, suya.

También Elías se casó. Mucho después, cuando ya había cumplido los cuarenta años. Fue una boda inesperada. La mujer de Elías se llamó Magdalena. Durante un tiempo, él creyó en el mal agüero de aquella mujer, en los absurdos y supersticiones que destiló en su alma la niñera aldeana, que le crio. Magdalena Rocandio era hija de un indiano oriundo de Hegroz, alejado totalmente de su tierra. El indiano Luis María Rocandio emigró a Cuba muy niño. No volvió. Se oyeron historias peregrinas, que nadie creía del todo. Crímenes y grandezas, que el tiempo y la distancia acrecían, como espuma. Elías le conoció en su primer viaje a Europa, después de más de treinta años. Magdalena Rocandio, su única heredera, le acompañaba. «Voy a casarme», le dijo un día Elías, sencillamente. Él se había reído. Elías parecía mayor de lo que realmente era: tenía la cabeza blanca, los ojos tristes. Magdalena acababa de cumplir los dieciocho años. Pero se casaron. Magdalena no conocía a su madre. En la familia, sobre este punto, se guardó un riguroso secreto. En Hegroz solamente se sabía que había nacido en La Habana, que era una muchacha dulce y lenta. Y creció un rumor, bajo como la neblina del río, en el alba: «Tiene sangre negra». Lo decía Lucas Enríquez, que regresó a Hegroz con oro, soledad y avaricia. «Tiene sangre negra, lo conozco en el blanco de sus ojos». Magdalena tenía la piel clara y los ojos oscuros, brillantes. Su voz cálida, acompañada al piano por Margarita, se ensanchaba, crecía, en la noche de La Encrucijada. Su voz se levantaba, enredándose en el perfume de los árboles de la flor blanca, al otro lado de las ventanas. Canciones de cadencia lánguida, de una somnolencia pesada,

espesa como el calor. Los criados se escondían para escucharla. «Dicen que tiene sangre negra».

Una mañana, marcó el derrotero de los Corvo. Aquella mañana, él sintió dentro de sí el principio mágico, oscuro, de aquella pendiente que seguía, que seguiría, hasta el agujero total de la muerte. No transcurrió un año de la boda, cuando el viejo Rocandio desheredó a Magdalena: «Su madre era una vieja puta que me estuvo engañando durante muchos años». En un extraño documento, la sirvienta María Dulce Alejandra juraba que Magdalena era hija suya y de un cuatrero muerto a balazos en el laberinto de la manigua. Al borde de la muerte, la mestiza confesaba su engaño, porque quería ir al cielo entre rosas de papel encarnado y ángeles de azúcar cande. Luis María Rocandio dijo lo que tenía que decir: «No es mi hija». Lucas Enríquez, sonreía: «Del viejo todo se puede esperar». Elías intentó rehabilitar a su mujer. Nada consiguió. Alguien trajo la noticia de que el viejo Rocandio se casaba, a sus sesenta y ocho años, con una joven mulata de la que ya tenía dos niños. «El viejo zorro», reía Hegroz.

Magdalena se doblaba en sí misma, dentro de un silencio nuevo, blanco. Su voz y su mirada se perdían. Se refugió en La Encrucijada, lejos de la ciudad. A veces, durante la noche, quería salir al prado, huir al río. Se le anunciaba un hijo. La mató, para nacer, una madrugada. «El hijo de Elías, el único hijo de Elías...». Se llamó Daniel.

«Daniel». Tuvo que repetirse muchas veces este nombre, a lo largo de la vida. Se lo repetía aún. Una sangre oscura en aquella casa. Muy de ellos, demasiado dentro de ellos, tal vez.

Creció delgado, retraído, con ojos hundidos y brillantes. Trepaba como una ardilla al desván, donde se apolillaba y pudría el resto de la biblioteca de su padre. Leía, como Elías, horas y horas, apenas sin luz, hurtando el cuerpo al trabajo, leía, leía, y verlo leer le encendía una ira roja y dolorida, que

no acertaba a explicarse. Una ira que venía de lejos, de antes, de Elías. Del cariño que le tuvo a Elías, del cariño que tuvo por todo, allí dentro, en aquella maldita Encrucijada. «Daniel». Con los movimientos lentos y ágiles, de su madre, y la violenta sangre de los Corvo. («Los Corvo de la rama oscura, obstinada, como una lanza clavada en la tierra profundamente, antiguamente»). Los Corvo de la calle de la Sangre. No, los Corvo no eran amados. Bien lo sabía él.

Gerardo se repetía nombres. Nombres que fueron, o que eran todavía y le dolían como fuego. «Elías, Daniel...». El invierno pasaba y la primavera brotaba estúpidamente, con una indiferencia tozuda, desde la tierra mojada a las ventanas. (Se quisieron, se quisieron. Medio hermanos. Iban juntos de caza, de vino, de mujeres. Pasaron aquellas noches. Pasaron aquellos años de La Encrucijada).

En aquel tiempo, al llegar el verano, quitaban las maderas que protegían los cristales de las pedradas aldeanas. Se encendían lámparas, luces. Los caballos piafaban en los box. Brillaban los cañones de las armas junto a los rojos enrubiados o sangrantes de viejos vinos en copas de baccarat. El piano despertaba para Margarita. En el prado galopaba César, torpe y cachorro, esperanza, sobre su poney «Spencer», recién importado de Shetland.

«Ayer, todo ayer. Y ahora, ¿qué fue de todo?». Con sus hombros cargados, con su peso inútil, Gerardo Corvo paseaba en las tardes largas por la pradera, las manos a la espalda, sobre la hierba húmeda, en el mismo espacio que ahora solo era vacío, un gran vacío por donde las estrellas caen, sin ruta, sin destino. Ayer, la fuente manaba distinta, el río huía de otro modo y los árboles decían otras cosas. Hoy, todo era mudo. Ayer, la casa estaba viva y era su nombre un nombre altivo. Hoy, solo una casa desmantelada, de habitaciones cerradas, de maderas tristes y quemadas por el

abandono. No había modo posible de llenar los huecos. Y el vacío, las otras voces, las antiguas lámparas y la música se encontraban a veces, de golpe, como un fantasma desvaído, al abrir una habitación. Ayer, nada terminado le asaltaba a uno. Todo era presente y crudo, brillante y cierto, cegador. «¡Ah!, en aquel tiempo...». La casa estaba rodeada de árboles de la flor blanca, y por las noches, se respiraba pesadamente, embriagadoramente. Era un olor pastoso, penetrante, que lanzaba su vaho contra los muros, en la primavera, en el verano. Parecía que las estrellas fueran a entrar en las habitaciones.

Hegroz odiaba la casa por sus grandes ventanas, por aquella imprecisa nota de piano, que se clavó un atardecer, volviendo de segar, en alguno que nunca la oyó antes, ni después, ni tal vez después de muerto. Les odiaban por sus flores blancas, como partidas medias lunas colgando de las ramas. Por sus noches, por sus estrellas, por su fuente. Por sus hijos, por sus criados extraños. Por su egoísmo, su holgazanería, su voracidad, su inconsciencia.

La noticia llegó de golpe, un día cualquiera. Un día que parecía como todos los días, y que, sin embargo, lo cambió todo, lo volvió todo del revés. Y ya nada pudo volver a su sitio.

Una tarde apacible para ellos, una tarde caliente y hermosa de julio, en La Encrucijada. Elías y el pequeño Daniel no estaban aún en la casa. Lo prefería: él, su mujer, sus hijos, solos, allí. En aquella tarde última. Acababan de comer, estaban en la terraza asomada al prado, al río cercano. Entre las hierbas altas, los lebreles perseguían algo y saltaban, inesperadamente brillantes, como grandes manchas de oro, bajo el sol. Él reposaba, medio echado, entre los cojines de su sillón de mimbres. El café humeaba en las tazas, esparciendo un aroma tórrido. La terraza de La Encrucijada estaba cubierta de césped cuida-

do, fresco. En el ángulo izquierdo, daba la sombra enrejada, verde sedosa, del cerezo. El sol atravesaba las hojas, caía sobre el mantel, y un tallo minúsculo temblaba cerca de su taza. Él estaba quieto, silencioso, en un sopor dulce y espeso. El habano recién encendido entre los labios, los ojos perdidos más allá de los árboles que estallaban de flor blanca, resplandeciente, dentro del fulgor de la tarde recién abierta. La luz era caliente, dolorosa. La sombra del cerezo se derramaba sobre él. Era su rincón predilecto: oía el manar de la fuente, en el huerto, tras las piedras. Como una riqueza segura, extraña y profunda. Sentía el rumor fresco, la sombra, dentro de sí, con una plenitud, con una seguridad consciente, inamovible. Eran su tierra, su sangre, en pie, en torno a él. Margarita, su mujer, e Isabel, su hija mayor, leían una carta, a su lado. Una carta de estudiante en viaje de fin de carrera: César escribía desde Suiza. Hablaba a su madre y a sus hermanas de sus compañeros de viaje y estudios. Margarita leía en alto, con su voz mansa, tranquila. Y Verónica, la menor, sentada a sus pies, apoyaba la cabeza en sus rodillas. Él cogió entre sus manos la cabeza de la niña. Verónica tenía poco más de doce años. Alta, de cuerpo elástico y vigoroso, con los ojos negros de los Corvo. Gerardo apretó levemente la cabeza entre las palmas. La amaba más porque le enorgullecía. La cabeza de Verónica era de un rubio cegador, bravo. Su orgullo era en aquel momento poderoso y tranquilo, como un toro bebiendo al sol. Su orgullo, mirando a los lebreles, oyendo el manar de la fuente, apretando la cabeza de Verónica entre las manos, se volvía natural y terrible, como el río que esconde la tierra en las entrañas³. En aquel momento supo

³ Estas dos imágenes son enjuiciadas con crítica adversa por E. G. de Nora en su libro *La novela contemporánea española, II*, Madrid, Gredos, 1962, pág. 291. Según este autor se trata de una simple acumulación de imágenes a todas luces innecesaria, y que es el claro exponente de una técnica novelística recargada y reiterativa. Disentimos en absoluto de esta opinión.

Estas metáforas surgen en un momento de plenitud vital, antecedente inmediato del gran desmoronamiento. Gerardo Corvo, despreocupado y feliz, se halla en La Encrucijada rodeado de los suyos, en un ambiente de

que vivía un momento exacto, cierto como el correr de su sangre, cegador de tan cierto. Miró a su mujer. No la amó profundamente, pero estaba orgulloso de ella. Y pensó: «Esta es la clave de mi felicidad: elegí siempre lo que más me convenía». Le convino Margarita, dulce, educada, paciente. Siempre, llegaron sin gran dificultad a buen acuerdo. Quizás en aquel momento, él podía decir la palabra «felicidad» en su más exacto sentido. Allí en la paz achicharrada de las tres de la tarde, con el sol sobre sus tierras, sentía la paz y el orgullo del árbol, de la fuente. Sabiéndose joven aún, y con suficiente trecho de su recorrido para el recuerdo leve, placentero, que no duele, que no atormenta, que apenas baña de melancolía el corazón. Cumplía cuarenta y dos años.

Por la vertiente de Oz bajaban dos mujeres con un carro cargado de paja. Eran dos campesinas jóvenes, de brazos redondos, tostados por el sol. Con voz gutural, llamaban a los perros, que las precedían. El carro llameaba como una hoguera entre el cardenillo de las rocas. Entonces, precisamente entonces, oyó el galope del caballo. Algo extraño se posó en su cora-

seguridad tan cuidadosamente descrito, que cada detalle, por pequeño que sea, va tomando relieve insospechado. En este clima de poderío irrumpe, de modo inesperado, la noticia que da al traste con todo: el Banco Español de Río de la Plata, en el que Gerardo tenía todo su capital, ha quebrado.

Para intensificar el dramatismo de la escena, es por lo que la autora se ha aplicado a congelar la acción y a retardar el desenlace. Desde este punto de vista, por tanto, aunque la segunda imagen fuera exclusivamente reiteración de la primera, su misión no sería superflua ya que, como es bien sabido, la reiteración —cuando se halla justificada— no tiene un valor empobrecedor, sino de enriquecimiento. Pero es que, además, la segunda imagen sí que aporta elementos de novedad e interés.

En primer lugar se hace una recolección, si bien incompleta, de los elementos de seguridad que han ido diseminándose a lo largo del pasaje; y, en segundo lugar, la imagen del toro, que conlleva una carga de tranquila seguridad, queda superada por la del río natural y terrible que esconde la tierra en las entrañas. No se trata ya solo de un esponjado sentimiento de fuerza, sino de una condición taimada y un ansia desbordante de posesión.

zón. Como un ave negra y agorera que dejase caer la sombra de su vuelo, torvo, lento, sobre el mantel, sobre el cristal de la copa, sobre la flor blanca y las ramas dulces, amigas, del cerezo.

Levantando nubes de polvo, amarillas, acres, un caballo llegaba por el alto camino de Neva. Elías Corvo se acercaba. Cruzó el prado, llevando el caballo de la brida. Venía mirándole, desde lejos. Gerardo y Elías se miraban a los ojos. Y ya entonces Gerardo supo el frío lento de la noticia. Cuando estuvo a su lado le oyó decir, sin sorpresa: «Ha quebrado el Banco Español del Río de la Plata»... Después, como un milagro, el rumor de la fuente. Cercana. Eterna.

Siempre creyeron que Elías era el más sereno, el de nervios más templados. También era el mayor de los dos, el más consciente. «Vete tú, Elías, vete allá, y lo que tú decidas siempre será lo mejor». (Qué extraño. De pronto se había vuelto como un niño, con los ojos fijos, las manos quietas. Con las manos llenas hasta los bordes de una grande, insospechada, ociosidad, que nunca había advertido. Se quedaba como un niño, y miraba a lo lejos, desde la ventana de allí arriba, en el piso alto de La Encrucijada, en el saloncillo contiguo a aquella alcoba que, de la noche a la mañana, era distinta, tenía otra luz, otro color, otros muebles, parecía. Y todos los objetos de la casa, aun siendo los mismos, cobraban una densidad nueva, diferente. Y las paredes de la casa y la tierra. La tierra, sobre todo, allí, debajo de sus ojos, extendida, muda, levantando nubes de polvo rojizo, o aglutinada, viscosa, en los bordes del río. La tierra, alargándose, infinita, absolutamente ajena, despojándole de la antigua sensación de propiedad. La tierra, cruel y grande, cruel y larga, cruel y huidiza, alejándose, delante de sus ojos, debajo de sus manos. Sus manos, conteniendo el desolado, el certísimo vacío de la tierra).

«Las tierras americanas». Era todo lo que les quedaba. Porque la tierra y los bosques de Hegroz deseaban aún considerarlo como un bien más sentimental que positivo. Las tierras americanas, ganadas con su sudor, con odio, tal vez

hasta con sangre, por el primer Corvo que emigró, eran su última esperanza. «Elías, vete allí tú y liquida las tierras...». Partió Elías y quedó el pequeño Daniel con ellos, en La Encrucijada. Esperaron. Nunca, hasta entonces, supo Gerardo lo que era esperar.

Cuatro meses más tarde, llegó la otra noticia, la definitiva. Se había perdido todo. Engañaron a Elías, o pretendió engañar él. Gerardo ya no podía saberlo. (*Elías. Elías*). Cómo se derrumbó, de pronto. Fue casi hermano. («*Abí van los Corvo...*»). Un caballo desensillado, desnudo, pacía libre y descuidado por el prado. («*Elías. Medio hermano*»). Hablaron a su alrededor, culparon, desesperaron, lloraron. Él se quedó lejos de todo, royendo el último mendrugo de su mundo perdido.

Se quedó solo, mudo, apretando una contra otra las palmas vacías de sus manos. «La inhabilidad de Elías, la astucia de los administradores, la mala fe de Elías, la rapacidad de los administradores, la estupidez de Elías, la fullería de los administradores». Las palabras llegaban a sus oídos y volvían, las palabras solo decían una cosa, dentro de su corazón: «Elías. Elías». Se quedó solo. Todos los días empezaba una nueva soledad, más empinada, más áspera. Todos los días, las cosas nacían delante de sus ojos con un significado que guardaron años y años, y él no supo ver nunca. (Le venía a la memoria su anciana aya aldeana⁴, le venía a la memoria su voz oscura, relatándole historias de príncipes malditos, bajo la luna malévol.

⁴ Los cuentos infantiles son como una preparación para la vida. Ana María Matute en su discurso del Premio Cervantes hace una apasionada defensa de estas narraciones tradicionales: «Sobre la famosa crueldad de los cuentos de hadas —que, por cierto, no fueron escritos para niños, sino que obedecen a una tradición oral, afortunadamente recogida por los hermanos Grimm, Perrault y A. Andersen, y en España, donde tanta falta hacía, por el gran Antonio Almodóvar, llamado “el tercer hermano Grimm”— me estremece pensar y saber que se mutilan, bajo pretextos inanes de corrección política más o menos oportunos...».